

# Cultura en un centro vivo

Centrópolis 15 años  
El Periódico del Centro de Medellín

hablemos de literatura

No.4

## El centro, protagonista e inspirador de relatos



*Reinaldo Spitaletta: escritor y ciudadano del centro. Pág. 2*

El reconocido literato vive en esta zona y la recorre cada día. Aquí encuentra inspiración para darle salida a sus textos, a sus pensamientos, a su aporte a la construcción de memoria y ciudad.



*El centro desde los ojos de un periodista narrador. Pág. 3*

Luis Alirio hace honor a su apellido y se ha recorrido Medellín calle por calle, recalando siempre en el centro. Aquí un recorrido por los recuerdos que esta zona suscita en él.



*¿Y quiénes han escrito sobre el corazón de Medellín? Pág. 4*

Recorra la historia de las letras del centro con los Panidas, los Nadaistas y grandes escritores como Tomás Carrasquilla, Manuel Mejía Vallejo y Héctor Abad Faciolince.



# Reinaldo Spitaletta, escritor y ciudadano del centro



El centro es para Reinaldo Spitaletta una fuente inagotable de historias.

El centro siempre ha llamado a Reinaldo. Él es de Bello, que está a 10 kilómetros, pero casi siempre se ha inspirado en esta zona, la Comuna 10, para darle salida a sus escritos, a su pensamiento, a su aporte a la construcción de memoria y ciudad.

Reinaldo estaba en la Fiesta del Libro, a un par de kilómetros del centro, deambulando preocupado porque debía dar una charla de esas que tanto ofrece él para hablar de esta ciudad que tanto da de qué hablar, pero no sabía dónde le tocaba la disertación y la hora estaba encima. Así y todo, CENTRÓPOLIS lo abordó y lo sentó un ratito en el Patio de las Azaleas del Jardín Botánico, para hablar del centro y la inspiración que ejerce en los escritores que cuentan historias con este lugar como eje.

"Es que yo desde muy niño tengo participación en el centro, en los cines, en los cafés, en las calles. Yo conozco el centro como parte de la vida misma", arranca diciendo, mientras mira hacia ninguna parte, como imaginando lo que cuenta. "El centro es extraordinario, hombre", ríe. "Es un lugar lleno de movimiento, de his-

torias, cambiante, aunque también tiene cosas que permanecen. Es un centro que ha sido poetizado, lleno de relatos en torno a los libros, las librerías y los lectores, a los bohemios, a los asaltantes de bancos y a los ladrones".

Reinaldo, el escritor, el cronista, el relator, vive en Prado, el barrio más tradicional del centro y todos los días "baja" hasta sus avenidas, calles, parques, plazas y carreras y se lo camina. Va hasta las universidades, a los centros culturales, a los restaurantes o a donde haya eventos en torno a la cultura. Se sorprende diariamente con lo que ve, con los olores, los sabores, la gente, las fachadas y las transformaciones. También, se da cuenta de sus interrogantes. "Este es un centro que pregunta. Nos está alertando. Nos demuestra siempre que es una gran fuente de conocimiento sobre la ciudad, sobre el ciudadano, nuestras contradicciones y sus faltantes".

Como escritor, Spitaletta se ha inspirado en el centro para algunos de sus relatos de ficción. "Pero el filón más grande que tiene este lugar es para el trabajo periodístico, más que las novelas". Aunque

"balada de un viejo adolescente", su más reciente novela (Hilo de Plata Editores, 2017) toca de alguna manera el centro, así como "El sol negro de papá" (Ed. EAFIT, 2011).

"Para hacer narraciones el centro es inagotable. He contado la historia del teatro Sinfonía, de los viejos cafés, de las librerías, de la arquitectura, los árboles, las flores y hasta de sus muchachas. Yo no sé ni cuántas crónicas he escrito del centro".

Pero Reinaldo no es de esos escritores nostálgicos que viven añorando el centro de antaño. "Para mí el más fascinante es el de hoy. La nostalgia es muy bella y yo tengo muchos recuerdos de La Playa, La Artería, El Jurídico, los cafetines, los cines, Guayaquil, pero ahora me lo encuentro muy interesante también".

Algo que sí añora Reinaldo es la desaparición paulatina de las librerías del centro. En su crónica "Aquellas librerías muertas" (Septiembre 2018) describe así el programa de visitar las de los alrededores de Junín: "En los setentas y ochentas, además del cine, del café-bar, de los

paseos por Junín o de sentarse con un tinto en Versalles por horas a arreglar el mundo, las librerías eran una atracción de juventud. En Junín, al frente del edificio Coltejer, estuvo durante muchos años la Librería Nueva, con su vitrina hipnotizante en la que, como en un tango, a veces uno pegaba la ñata contra el vidrio. La Nueva entonces era ya vieja (la fundó el pedagogo Luis Eduardo Marín, en 1926) y, en medio de muchachas bonitas y olores a pan fresco, era un referente de aquella calle inevitable (...) Tal vez una de las últimas librerías que hubo por La Playa (bueno, ahora hay algunas como la Legis, de libros jurídicos) fue Mundo Libro, cerca de Bellas Artes. Y después de haber tenido el centro un número interesante de librerías, de pronto todas (o casi todas) se murieron. Sobreviven algunas, como El Acontista, en Maracaibo con el Palo. Librópolis, en el pasaje Orquídea Real, y la del Paraninfo de la Universidad de Antioquia. Ah, y las del Centro Popular del Libro, en el Pasaje La Bastilla".

Aquellas librerías extintas, en las que hubo tertulias y encuentros, son parte de un mundo que ya no es. Seguro los más veteranos recordarán la Don Quijote, la Pluma de Oro, la Atenas, la Horizontes, la Ilustración y otras. El centro se quedó huérfano de estos lugares imprescindibles y, por lo visto, de nada valen las nostalgias".

Se queja de que el periodismo de hoy es muy raro y no cuenta las pequeñas cosas, lo local del centro. Le echa flores a CENTRÓPOLIS "porque habla de nosotros, los del centro" y se ríe con sonora carcajada. "Ahora hay dizque nuevas centralidades y un pocotón de cosas así, pero el centro es uno solo, es este, el fundamental, el que cuenta lo que pasó y lo que está pasando. Como habitante del centro me siento muy bien, hasta parte del paisaje.

Le gusta la idea de que el centro vuelva a ser habitado y no solo un lugar de paso. El que vive aquí tiene más pertenencia, más sentido del afecto. "Yo no soy un extraño, soy un ser del centro. Me gusta caminar, dar clases en la Casa Barrientos, ir a cine al Colombo, a los lugares emblemáticos, a Junín y su calle encantadora. Hombre es que todos somos del centro, esa es la patria chica de todos". Termina, contundente. Y se va a fascinar al público con su charla de ciudad.

# El centro, desde los ojos de un periodista narrador

Luis Alirio, Alirio, o Don Alirio, como todo el mundo lo conoce, hace honor a su apellido y se ha recorrido Medellín calle por calle, recalando siempre, en el centro. Su primer recuerdo de un hecho periodístico fue, estando muy pequeño, en esa zona. "fue cuando atracaron a mi papá, caminando por la carrera Sucre. Un tipo le sacó la billetera del bolsillo, y mi papá lo encuelló", cuenta, con voz exaltada, como buscando una explicación o como si el asunto hubiera acontecido hace apenas unas horas.

También se ve perdido en el centro. "Yo soy de un pueblo, de Yarumal", ríe con ternura, como un niño, en ese gesto tan propio de Luis Alirio. "Y cuando llegué a vivir a Medellín para estudiar en el seminario, ir al centro era para mí una pesadilla. Yo pensaba que si me perdía nadie me iba a encontrar nunca. Esos edificios tan grandes tapaban el sol, eran como agresivos y esas calles con nombres todas de batallas no podía aprendérmelas. Hasta que ya como periodista le perdí el susto y empecé a narrarlo, a contarlo, a ver que en todas partes siempre hay una historia, un personaje por descubrir.

Luis Alirio comenzó a trabajar profesionalmente en el periódico El Mundo desde su fundación, en abril de 1979, y casi siempre iba a dar al centro para hacer sus trabajos. "Allí vivía gente muy famosa y distinguida, sobre todo en el ámbito de la cultura. Manuel Mejía, Alberto Aguirre y Aura López vivían en el centro, los artistas que se presentaban en el Pablo Tobón venían era al Hotel Nutibara, en el centro. En ese hotel entrevisté a Astor Piazzola, a Manolo Otero, a un montón de gente". Se queda pensando, como buscando señal, en ese gesto tan típico de Luis Alirio, y dice. "Ve, y también recuerdo lo que ha cambiado la Plaza Botero. Antes eso era una zona llena de bares. Cuando íbamos a la



"Cuando se es un periodista, el centro siempre se mira de manera distinta".

Gobernación o a la Alcaldía, para matar el tiempo, terminábamos tomando aguardiente en esos bares. Me acuerdo de La Sorpresa, una cafetería que había en la avenida Primero de Mayo, allá comíamos y bebíamos en las horas muertas de las noticias".

También recuerda una anécdota acaecida en el Hotel Nutibara: "imagináte que cuando García Márquez vino a cubrir el desastre de Media Luna (un deslizamiento de tierra ocurrido el 12 de julio de 1954 en una vereda montañosa entre Medellín y Rionegro en el que murieron 60 personas), enviado por El

Espectador, se quedó en ese hotel. Y, según contó, el día que iba a subir al morro se quedó mirando por la ventana hacia el centro y sintió miedo. Un miedo terrible a que la noticia le quedara grande, a que no fuera capaz de contar la historia en su magnitud o a que le faltaran datos. A mí a veces me da ese mismo miedo de periodista cuando voy a hablar del centro. Es que es tan grande y con tanto por decir que uno siempre piensa que se quedó corto".

Celebra que aún haya esfuerzos por contar la vida del centro y sus historias. "Periódicos como Universo Centro

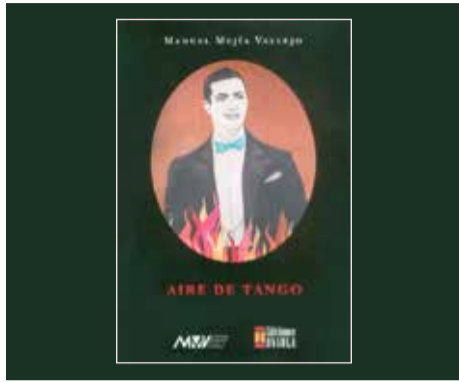
y CENTRÓPOLIS son dos ejemplos de eso, historias de largo aliento, no solo la noticia urgente y necesaria, sino también las historias, los personajes, la crónica, el reportaje. A mí me da hasta envidia de poder publicar ahí, hombre".

Guayaquil es la parte de la Comuna 10 que más atracción periodística ofrece en Luis Alirio. "A mí me tocó ir allá cuando empezó el traslado de lo que se conoció como El Pedrero hacia la Plaza Minorista, a comienzos de los 80. La gente no se quería ir y había disturbios y desalojos, pedreas y bolillazos. A mí me seducía esa vida de desarraigo que había en esos bares de Guayaquil. Todo lo que inspiró a Manuel Mejía Vallejo para escribir 'Aire de tango'. Yo me debo una historia así. Hay tanto que escribir sobre el centro".

Junín para él es inevitable también. Allá se iba, muy joven, en los 70 a buscar libros o a tomarse algo a los cafés de la zona. "Uno se metía a Versailles, porque allá hacían tertulias, con Alberto Aguirre y el gordo Luis Alberto Álvarez. Había cine foros y era delicioso escucharlos porque a esos dos no les gustaba nada...Y tenían tanta gracia para decirlo", ríe con sonora carcajada, en ese gesto tan típico de Luis Alirio.

"Hombre, yo cuando voy al centro a trabajar, a hacer mis programas de televisión o simplemente a caminarlo, tengo una sensación rarísima. A mí me parece que cuando voy por la calle, veo en los transeúntes a Gonzalo Arango, a Aguirre, a Manuel Mejía, a Fernando Vallejo, a los otros nadaistas, a León de Greiff. Te juro que los veo. En los bares, en los cafés, en el Parque Bolívar. Es una cosa tremenda". Y se queda mirando a ninguna parte, hace una pausa, se acomoda el sombrero y dice "A mí el Parque Bolívar me huele a orines y el de Berrío a comida". Y vuelve y se desconecta, en ese gesto tan propio de Luis Alirio.

## ¿Y quiénes han escrito sobre el centro?



El centro ha inspirado grandes obras literarias

Si nos trasladamos a comienzos del siglo 20, a ese incipiente parque de Berrío, que era el centro del centro, a sus calles y sus parquecitos alledaños, a su tren y a su mercado, a sus campesinos que a la vez eran urbanos sin saberlo, nos encontramos algún relato de Tomás Carrasquilla que le publicaban los periódicos de la época sobre personajes que deambulaban el centro de la villa, como "Vagabundos", aparecido en el diario El Espectador el 8 de agosto de 1914, en donde habla de las calles, los personajes, las costumbres, la vida de pueblo metido a ciudad y los bares de chicha en aquellos tiempos.

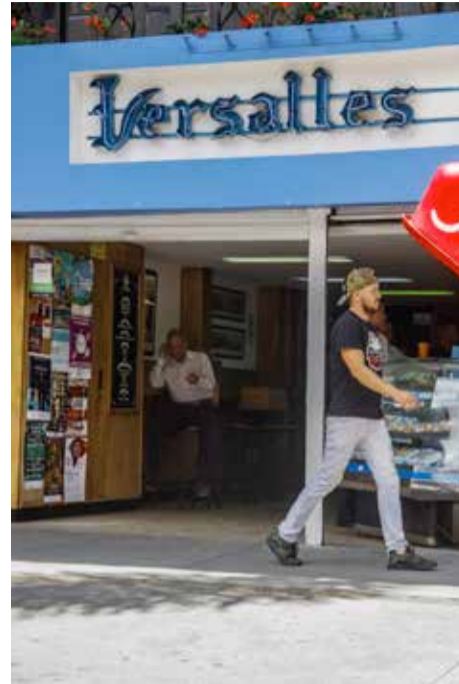
Despuntando los años 30 aparece la obra "Una mujer de 4 en conducta", de Jaime Sanín Echeverri, ambientada en gran parte en el centro de Medellín, donde llega Helena Restrepo, una campesina proveniente del corregimiento de Santa Elena, para hacer vida "en la ciudad". Allí se encontrará con el Ingeniero García, para enfrentar esa Medellín de

mejor familia, clasista, discriminatoria, viciosa y pendenciera. Sí, en los años 30. En Aire de tango (1973), novela clave de la literatura urbana nacional, Manuel Mejía Vallejo recrea el ambiente aguardientoso y hostil de la Guayaquil de los años 40, con puñaladas, prostitutas, matones y bares, en ese centro de comerciantes y desarraigo de quienes venían a hacer vida a Medellín y entraban por esa especie de puerto seco a chocar contra el lado más indolente de la capital de Antioquia.

Héctor Abad Faciolince nos presenta en "El olvido que seremos" (2006), un centro de Medellín que es escenario de reuniones de líderes sociales, unas calles que sirven de pista para intentar cambiar la realidad nacional, pero también un escenario de muerte, desolación y dolor. Cuando en este testimonio autobiográfico narra la muerte de su padre, el médico Héctor Abad Gómez, en una calle del centro, de un centro en manos de violentos, el escritor ambienta una historia también mil veces contada. La de ese lado oscuro donde retumban las balas que se llevan a nuestros mejores hombres.



## El Nadaísmo lo fue todo



El tradicional Versalles fue el cuartel general de los nadaístas

Y como si los Panidas se hubieran reiventado o reencarnado, en el centro de Medellín los primorosos años cincuenta vieron nacer también el nadaísmo, una corriente de vanguardia que fungió como la versión criolla del existencialismo de Sartre. La Medellín que crecía hacia todos los costados, con su carga de opulencia y desarrollo, pero también con miseria y alienación, reunió en 1958 a estos jóvenes en el centro, en Junín, comandados por el poeta Gonzalo Arango (Andes, 1931), y allí gestaron, en sitios como el salón de té Astor, una serie de acciones trasgresoras para provocar a la burguesía y a las instituciones, nuevamente dominadas por una férrea actitud conservadora.

Jaime Jaramillo, Eduardo Escobar, Jotamario, Humberto Navarro, Fanny Buitrago, Amilcar Osorio y otros nombres, fueron los discípulos que hicieron crecer la corriente, cuando en la Catedral Metropolitana, ahí en el Parque Bolívar profanaron "La sagrada forma" que era como le llamaban religiosamente a la hostia de la comunión. El Bar Metropol, en Maracaibo, también fue centro de sus reuniones, a las que incluso, invitaban niñas "bien" de la época.

Iban a la cafetería Donald, al lado del entonces Teatro Junín, donde hoy está el Coltejer, pasaban por la Heladería Bamby y ya en los 60, tomaron como cuartel general el Salón Versalles, dicen las malas buenas lenguas, "para hacerse en las mesas cercanas a las escaleras y ver subir a las jóvenes hacia el segundo piso descubriendo piernas y traseños, gracias a las faldas de la época".

También se les vio en las residencias estudiantiles de San Ignacio y Niquitao, en los apartamentos de El Huevo, en las mansiones del Parque de Bolívar y, como no, en la plazuela de San Ignacio. Algunos, incluso con mayor abolengo, se vieron por los pasillos del Salón Dorado del Club Unión.

La disolución del nadaísmo a comienzos de los 70, no hizo más que acrecentar la leyenda de ese movimiento surgido y criado en el centro de Medellín. Hoy los nuevos escritores aún hablan de ese centro, ahora están por los alrededores del Parque del Periodista, narrando lo que aquí pasa, lo de esa magia que no se la ha llevado el humo, el que nos vendieron y el de tanta marihuana.

## Los Panidas y su revolución de mayo...del 13



Revista literaria creada por el grupo los Panidas. Foto: Cortesía

Dicen que el 11 de mayo de 1913, 13 muchachos entre los 18 y los 20 años se reunieron en la Plazuela de San Ignacio. Venían algunos de Bellas Artes, otros dizque expulsados de la Facultad de Minas "por subversivos y disociadores". Había 12 liberales y uno conservador. Hallábanse inconformes con las propuestas literarias, artísticas y filosóficas de su época y deseosos estaban de una renovación. Nombres había, y de peso. León de Greiff, Ricardo Rendón, Libardo Parra (Tartarín Moreira), Francisco Antonio Cano y Fernando González. Contaban además, con el apoyo de ilustres plumas como Tomás Carrasquilla y Fidel Cano.

Para 1915 se reunían al lado de la babilónica de Nuestra Señora de La Cande-

laria, a un costado del Parque de Berrío, exactamente en el Café El Globo, a leer a Nietzsche, Baudelaire y "los poetas malditos". Ya eran famosos porque eran "bohemos" y disfrutaban de su "excomunión bajo pecado mortal" por parte del Arzobispo de Medellín, Manuel José Cayzedo. Sería en este café y en los alrededores del parque, donde se iniciaría una revolución artística y literaria que permitió a esta región ingresar al siglo XX en el ámbito cultural, acorde con las tendencias mundiales de la época.

En El Globo se alquilaba literatura y era el centro de operaciones de los Panidas. En ese edificio había nacido, en 1889, nada más y nada menos que el diario El Espectador. Surgió entonces la revista Los Panidas, dirigida por León

de Greiff y Félix Mejía, donde los muchachos escribían y pintaban. Alcanzaron a sacar 10 ediciones luchando contra el yugo conservador de la época y una iglesia católica empoderada por la hegemonía azul.

Deja testimonio de Los Panidas y su importancia, Miguel Escobar en la Revista Credencial de octubre de 1995:

"No cabe duda que fue el ímpetu de los Panidas el que comenzó a insuflar aires de modernidad en el arte y en la literatura colombiana. Fueron ellos quienes iniciaron la contemporaneidad. Con ellos aparece la modernidad, al buscar las nuevas ideas y las nuevas formas en antecedentes inmediatos".



Alcaldía de Medellín  
Cuenta con vos

"Proyecto ganador de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2018 - Secretaría de Cultura Ciudadana"

ISSN 1692-813X

Director: Jorge Mario Puerta Soto

Periodista: Juan Moreno

Fotografía: Omar Portela

Diagramación: NeoCiclo

Envíenos sus comentarios y sugerencias al correo comunicaciones@corpocentro.com